
Miguel Ángel Pardo
Índice homilias mes de Enero 2014

Santa María, Madre de Dios	2
Cantad al Señor	4
La Epifanía del Señor.....	6
Dios es Amor	8
El Bautismo del Señor.....	10
Esponsalidad y fecundidad	12
El fruto de la oración	14
La vocación de Samuel.....	16
Fieles a la voluntad del Señor	18
El Señor da la victoria a su ungido	20
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo	22
San Ildefonso.....	25
San Pablo, apóstol de Cristo	27
La danza del rey David	29
La alianza del Señor con David y su dinastía	31
El pecado del rey David.....	33

Santa María, Madre de Dios

Miércoles, 1 de Enero de 2014

Textos: Nm 6,22-27; Salmo 66; Gal 4, 4-7; Lc 2, 16-21

Estrenamos un Año Nuevo y todos tenemos el deseo de que venga lleno de cosas buenas, de gracia de Dios y de bienes de toda especie y sobre todo que venga sin males, sin sufrimientos. Por eso hemos escuchado en la primera lectura una bendición preciosa, bendición tomada de un libro del Antiguo Testamento que ha atravesado toda la historia de la Iglesia, y que la Iglesia sigue usándola para bendecir, porque ciertamente en el ciclo del curso de la vida, al dividirse con las estaciones, al empezar el año invocamos la bendición de Dios.

El Señor quiere que abramos el corazón con toda sencillez y que hoy le pidamos con mucha confianza lo mejor, no sólo para nosotros sino también para nuestras familias, para nuestros seres queridos, para los amigos, para la Iglesia, para el mundo, que falta hace, porque las cosas muchas veces no van bien para mucha gente.

Y nosotros sabemos que además de cooperar todo lo que podamos por nuestra parte y cada uno según el puesto que tiene, pues también tenemos que pedir a Dios, porque el Señor actúa en el mundo y especialmente cuando lo solicitamos con fe.

Al comenzar un nuevo año, el año 2014, el año civil, porque el año de la Iglesia lo hemos comenzado al inicio del Adviento, hace ya muchos años que se celebra el día de la Paz. Ciertamente necesitamos paz.

Paz en el mundo, en cada nación, en cada región, en cada ciudad, en las familias y paz en el corazón; todo esto se lo pedimos hoy al Señor de verdad, que nos enseñe a descubrir cómo Él ha nacido para darnos la paz. Pero es muy difícil tener paz si no reconocemos que venimos de Dios, es muy difícil tener paz si no reconocemos que somos hermanos, es muy difícil tener paz si uno no aprende a aceptarse como es y la vida que tiene, y el recorrido que ha tenido. Sólo el Señor es capaz de bendecirnos con la paz a todos los niveles, a nivel personal, a nivel de las relaciones, a nivel fraterno, a nivel familiar y a nivel de las relaciones en la ciudad, en la nación, en las regiones, en los países y en el mundo.

Por eso hoy queremos pedirle al Señor y unirnos a todos los deseos que hoy elevan los hombres, para que realmente cada vez haya más paz en el mundo. Paz para todos, pero la paz tiene que comenzar en el corazón y tiene que irradiarse a todos los niveles; suplicamos la paz y le pedimos al Señor que nos haga instrumentos y sembradores de paz.

Pero además, hoy tenemos más cosas. En el día uno de enero se concentra muchas cosas. Hemos escuchado que a los ocho días circuncidaron al Niño que había nacido, le pusieron por nombre Jesús como había dicho el ángel en el anuncio a José, y como le había dicho el ángel Gabriel a María, su madre.

Por otra parte, al celebrar esto también celebramos, con mucho gozo, que María es la madre de Jesús y por eso la madre de Dios. Fijaos que cuando nosotros vamos creciendo y vamos madurando en la fe cristiana sucede algo muy importante: la gente de fuera, la gente que no vive la fe o la gente que siendo cristiana no es católica, a veces, no todos, porque hay muchos cristianos no católicos que tienen el cariño y la veneración que nosotros tenemos por la Virgen, piensan que nosotros los católicos hemos puesto *no sé donde* a la Virgen creyendo que debe ser una *medio diosa* o algo por el estilo; nada de eso, eso no es así, ¡no es así!

La Virgen es una criatura como nosotros, no es ninguna diosa. El tema es que cuando nosotros miramos a María tenemos una fe y esa fe es la siguiente: que **María es madre de Dios**, eso es lo que nosotros creemos, que María es madre de Dios; no que es madre de Dios como Dios, porque de Dios nadie puede ser ni padre ni madre ni nada, sino que Dios se ha hecho hombre de verdad, no aparentemente, sino que Dios es Dios y ha sido siempre Dios y uno de la Trinidad se ha hecho en un momento determinado de la historia hombre, y desde entonces se ha hecho hombre para siempre.

Y el Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, se hizo hombre ¿en quién? En la Virgen María, en las entrañas purísimas de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo, de tal manera que tomó su cuerpo de ella. Dios es hombre desde entonces, de verdad y para siempre, y esta es nuestra fe, **esta es la fe de la Iglesia**.

Desde muy pronto para ver si un cristiano tenía fe ortodoxa, si creía de verdad, empezó a decirse ¿qué dices de María? Porque María es la madre de Dios, porque Jesús es de verdad Dios hecho hombre. Por lo tanto, fijaos lo que la Iglesia nos invita hoy a celebrar esta fiesta de Santa María Madre de Dios.

Cuando la Iglesia lo proclamó en un Concilio ¡no os imagináis la fiesta que hubo en toda la Iglesia!, porque al declarar que María es Madre de Dios estamos diciendo la verdad sobre Jesús, y la grandeza del Amor de Dios, que Dios es tan grande, y siendo tan poderoso es tan humilde, nos ama tanto que se ha hecho de verdad hombre en las entrañas de María, ese que ha sido concebido, que a los nueve meses nace, y a los ocho días después de nacer le ponen por nombre Jesús, ese es Dios. Por eso María es la madre de Dios hecho hombre.

Le pusieron por nombre “**Jesús**” que significa “**Dios salva**”, porque salvará a su pueblo de los pecados y así se cumple la profecía, “**la Virgen dará a luz un hijo le pondrá por nombre Emmanuel que significa “Dios con nosotros”**”. Y como cada uno de nosotros que tiene una madre, Dios al hacerse hombre llama a María “**mamá**”, **María**. A los ocho días circuncidaron al Niño, era el signo de la Alianza del pueblo elegido, todo llevado por José, que es el padre legal, y le ponen por nombre Jesús.

El nombre de Jesús es para usarlo, para eso se pone el nombre. En una familia nace un niño, y ¿cómo le vas a llamar, como su padre o como su madre? Pero a nadie se le ocurre poner nombre a alguien para no llamarle nunca. Entonces **¿para qué tiene nombre Jesús? Para que le llames, para que le trates, para que te relaciones con Él**.

Y ¿quién nos puede enseñar a llamarle? Pues nadie mejor que José y María, porque nadie le ha llamado tanto en la tierra con tanto cariño, ni nadie lo ha conocido mejor.

Jesús, queremos aprender a hablar contigo; gracias porque María que es tu madre, nos la has dado como madre nuestra, y tú que has querido que ella sea madre de Dios la has hecho también madre de la Iglesia y madre nuestra.

María enséñanos a mirar a Jesús y a hablar con Él, para que Él sea lo que tiene que ser, nuestro hermano mayor, el que nos enseñe a ser hijos de Dios, nuestro mejor amigo.

Que así sea



Cantad al Señor

Domingo, 5 de Enero de 2014

Textos: Si 24, 1-2.8-12; Salmo 147; Ef 1,3-6.15-18; Jn 1,1-18

En Navidad disfrutamos cantando villancicos, cantos solo para esta época. El villancico ese canto tan tradicional y tan nuestro, de nuestra tierra y de tantos otros lugares en el mundo, viene de atrás; podríamos decir que hay villancicos desde el principio, no ciertamente del estilo que nosotros tenemos.

El primero el de los Ángeles a los pastores, el Gloria. Poco después hay algún villancico un poco original, como el que acabamos de escuchar que es el comienzo del Evangelio de San Juan, que no sólo es una introducción al Evangelio, sino que en cierta medida es una síntesis del evangelio y del cristianismo.

Miramos en nuestras casas los belenes, miramos a María y a José que tienen a Jesús, y en el comienzo del evangelio de San Juan, el prólogo ¿qué es? **Pues una escenificación de quién es Jesús, y ciertamente para Juan es como el gran canto que él hace a Jesús, quién es Jesús que está en la cuna, quién es Jesús que está en los brazos de María, quién es este Niño recién nacido. El prólogo de san Juan es un canto maravilloso que nos lo explica.**

Jesús es Dios desde toda la eternidad, es la segunda persona de la Trinidad, es el Hijo, y este que es Dios es nuestro Creador, Él ha hecho todas las cosas y como es Creador y es Dios, **Él es la Vida y la Luz**, Él es la vida del mundo, es la vida de la humanidad, es la luz de los hombres; y este que es Dios y ha hecho todas las cosas, siendo Dios no se ha quedado fuera sino que ha estado siempre dentro del mundo, animándolo, sosteniéndolo, acercándose a nosotros.

Por eso dice san Juan que, **en el mundo estaba y vino a los suyos, «presencia», «cercanía», «llamada»**, estando en el mundo se acercaba a los hombres y llamaba, venía, pero los suyos no le recibieron. El signo de todo este movimiento que atraviesa la historia, lo vemos resumido en la noche de Navidad cuando María y José buscaban posada, pero no la encontraron ¡impresionante esto!

Pero siguió acercándose y llegó un momento que la Palabra se hizo carne, ese que es Dios no sólo estaba presente en el mundo, no sólo se acercaba sino que, *maravilla de las maravillas*, Él mismo se hizo como tú y como yo, se hizo uno de nosotros, **«la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de Gracia y de Verdad»**.

Gracia, que es otra manera de decirnos que **Él es la Vida y el que da la vida**, pero la vida de Dios, y de **Verdad**, que es otra manera de decirnos que **Él es Luz, y Él es la fuente de toda verdad**.

Sigue diciendo san Juan que de Él brota todo, **de su plenitud hemos recibido gracia tras gracia**, es decir, un don detrás de otro, comenzando por la Creación siguiendo por las actuaciones en la historia, siguiendo por el don de nuestra vida y todo lo que el Señor va uniendo a cada cosa que hace, porque Él no se cansa de bendecir.

Y sigue diciendo san Juan, **«a Dios nadie lo ha visto nunca»**, por dos motivos: Dios se refiere en este caso al Padre; pero además a Dios como Dios, ni al Padre, ni al Hijo como Dios, ni al Espíritu Santo los podemos ver, salvo cuando lleguemos al cielo, a Dios nadie lo

ha visto jamás, **el Hijo que se ha hecho carne, que se ha hecho hombre y que vive vuelto hacia el seno del Padre nos lo ha dado a conocer.**

Gran misión de Jesús es conocer y dar a Dios, y ¿cómo conocemos a Dios? Pues mirando a Jesús, viendo cómo es, cómo vive, qué es lo que hace, qué es lo que dice, a través de la Humanidad de Jesús conocemos a Dios, y Él desea revelárnoslo siempre.

Me he saltado una cosa en el prólogo, que es la siguiente, después de todo esto que nos ha descrito san Juan, hay un momento donde dice: **«vino a los suyos y no le recibieron, pero a los que le recibieron les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su Nombre».**

Todo esto ¿para qué? Para que tú puedas ser hija, hijo de Dios, todo para esto, para que podamos ser hijos de Dios, y Él es la Luz, la Vida que está presente y se acerca, que viene, siempre viene, el Señor está cerca y viene a tu vida, a la nuestra, y quiere que lleguemos a ser de verdad hijos de Dios.

Y en la vida cristiana, dentro del prólogo, san Juan nos ha hablado, al menos, de tres cosas. La primera, **siendo hijos de Dios tenemos que recibirle**, es decir, tenemos que aprender a acogerlo en nuestra vida, tenemos que **abrir de par en par nuestro corazón y nuestra vida para recibir a Jesús**, porque **así es como llegamos a ser de verdad hijos de Dios**, por tanto participando de la vida de Jesús.

Segundo, **cantad su gloria**, san Juan el evangelista dice: **«este es Jesús»** y entonces él le ha compuesto todo este maravilloso villancico, este poema maravilloso, porque él ha conocido a Jesús. Nosotros **tenemos que aprender a cantar a Jesús**, ¿qué es cantar a Jesús? **Es gozar de que Él existe**, de que Él es, de que Él está cerca, de que Él te quiere, te ama, le tienes siempre cerca de ti, **cantar a Jesús es disfrutar, gozar, alabar, bendecir a aquél que siempre está cerca, el que ha hecho todo esto por cada uno de nosotros.**

Y tercero, **Jesús quiere que le conozcas, Él quiere enseñarte cómo es Dios y quiere enseñarte a ser hija, hijo de Dios**, ojalá podamos hacerlo **y así como Juan Bautista** que ha aparecido dos veces en el prólogo **podamos ser testigos de la Luz y de la Vida que es Jesús.**

Señor, nos encanta cantar villancicos, algunos nos gustan más que otros, cada uno tenemos nuestro preferido, hoy hemos escuchado un villancico que a veces escuchamos poco, pero que ojalá, Jesús, alguna vez pudiera escuchar de nuevo, abriendo el evangelio de san Juan y viviendo el prólogo, el villancico que escribió para ti san Juan.

Enséñanos Jesús, a descubrir quién eres, enséñanos a cantar quien eres, a disfrutar cantando, alabando y bendiciendo, para que nos llenemos de alegría y la alegría de conocerte y de vivirte la puedan disfrutar los que nos vean, los que nos oigan, que todos empiecen a descubrir que tú existes porque cantamos tu presencia con nuestra vida.

Que así sea



La Epifanía del Señor

Lunes, 6 de Enero de 2014

Textos: Is 60, 1-6; Salmo 71; Ef 3,2-3.5-6; Mt 2, 1-12

Después de nacer Jesús, Dios Padre iba buscando a los hombres para que lo encuentren, y la historia de los Magos nos ayuda a conocer lo que verdaderamente es un camino del hombre para vivir con Cristo.

Lo primero de todo, como nos enseñan los Magos, **es ponerse en movimiento, es buscar; los Magos, probablemente sabios, astrólogos, hombres de ciencia**, que en aquella época investigaban toda clase de saberes, **lo que les movía era conocer la verdad**, por lo tanto la ciencia, la historia, la filosofía, la religión todo iba unido, porque en el fondo se buscaba la verdad y la verdad tiene muchos aspectos.

Ciertamente lo que les sucede a estos hombres, los Magos, es que hay algo que les hace descubrir que Dios les llama y se ponen en camino. Esto es muy importante, porque para poder encontrar al Señor tenemos que salir de nosotros mismos, no podemos quedarnos sin más en la situación que estamos, **para conocer al Señor necesitamos ponernos en camino hacia Él.**

Él viene a nosotros, Él ha bajado del cielo, ha entrado en la historia y está en un sitio muy concreto en Belén, **pero ahora es el hombre el que también tiene que ponerse en camino, en movimiento, tiene que venir a buscar a Jesús.** Y en este camino aparece un elemento fundamental que **es la estrella, es una luz que guía.**

Ciertamente para esto **los Magos demuestran: Humildad y Docilidad.**

- **Humildad**, porque aceptan los signos que Dios les da;
- **Docilidad**, porque se dejan llevar más allá de lo que pueden constatar o comprender en un momento determinado del camino. Porque el camino no es fácil, sobre todo cuando el camino no lo conoces, cuando es nuevo para ti porque nunca lo has hecho y no lo dominas, pero el camino con el Señor siempre es así, es un camino nuevo, porque nadie lo ha hecho por ti, y el primero y el único que lo va a hacer eres tú, como lo hicieron lo Magos.

Y aquella estrella es una luz que conduce a Jesús, porque toda la realidad ha sido hecha por el Señor, y todo lo ha creado el Señor para que podamos encontrarle, toda la Creación es un regalo maravilloso del Señor que se ha hecho hombre para que podamos encontrarlo a Él, por eso la estrella es toda luz, desde la realidad, desde la naturaleza, desde los hombres, y sobre todo la Palabra de Dios de la Escritura, todo aquello que nos conduce hacia el Señor.

Llegan a Jerusalén y allí saben más de Jesús **y preguntan, primero al rey Herodes y Herodes recurre a los expertos religiosos, especialmente a los escribas** a los que conocen la ley. Ambos reciben con sorpresa la noticia, porque los magos los de fuera vienen diciendo que el Mesías ha nacido, lo entienden rápido Herodes y los judíos, pero vamos a ver cómo **ni Herodes ni los escribas tienen intención de moverse**, porque Herodes lo que ve es un peligro, a Herodes no le interesa conocer la verdad ni mucho menos vivirla, lo que le interesa es mandar y seguir teniendo el poder, como a veces nos pasa a los hombres.

Y los escribas saben mucho pero tampoco se mueven, y nos muestran una vida donde a lo mejor podemos haber conocido al Señor pero una vida vacía, una vida triste, una vida donde realmente el Señor no nos puede llenar porque sabemos mucho de Él pero no lo vivimos, **los escribas dicen donde está y ¡no se mueven!**

Los Magos al conocer la noticia caminan de nuevo, vuelve a aparecer la estrella, y **¿dónde se para? Se para encima de donde estaba Jesús y entran y ¿qué se encuentran? Se encuentran a Jesús, dice el texto, con María;** sabemos que **también estaba José** pero el texto dice que estaba **Jesús con María**, porque María es la que nos ha dado al Señor.

Y allí nos dice el texto que hacen dos cosas: **“adorar y ofrecer”, “postrarse y dar”**, que en el fondo es un signo de sus ofrendas y el deseo de darse, **adoran para darse**. Ellos descubren delante del Señor que **el hombre nunca es tan grande como cuando sabe adorar a su Señor**, ojalá el Señor nos conceda la gracia grande de descubrir que estamos hechos para adorar.

Y adorar es reconocer a Dios como Dios, y estar delante de Él como una criatura suya que lo recibe todo de Él, gozando de tener todo un Dios que quiere estar con nosotros y que lleguemos a ser sus amigos y sus hijos.

Y en aquellas ofrendas: **oro, incienso y mirra**, por un lado está simbolizado quién es Jesús, **el oro como Rey, el incienso como Dios y la mirra como Redentor**, la mirra que se usaba para la sepultura para aquél que morirá por nosotros, para salvarnos en la cruz, aquel que morirá y resucitará. Pero en esos dones también estamos nosotros que queremos servir al Señor, que queremos adorar a Dios, que queremos ser salvados y colaborar con nuestro Salvador.

Y de aquí no se quedan donde estaban, sino que **aquel encuentro los impulsó a volver a su casa**, el Señor los envió a los suyos, **y aquí aparece cómo es la misión cristiana: primero hay que encontrar al Señor, hay que conocerlo y hay que darse al Señor, y después ya uno puede ir a los hombres para dar lo que ha conocido, para entregar lo que ha recibido, para poder compartir lo que tiene**. Este es el verdadero sentido de la misión cristiana.

Ellos parten, y hay un momento muy importante ahora, y es que no hay estrella, y ¿por qué no hay estrella? Porque la estrella ahora son los Magos, los Magos son la luz para sus hermanos, para los suyos; el que ha encontrado a Jesús se convierte en luz.

La Iglesia es ante todo María, aquella que ha recibido a Jesús y que lo da a los hombres, aquella que sabiendo que Jesús es la verdad tiene su gozo en Él, y conduce a todos como la estrella al Señor, y quien conoce al Señor, quien lo tiene, quien lo recibe, quien lo ama se convierte en luz para los demás. Esto quiere decir que vivimos, no para centrarnos en nosotros mismos ni para convertirnos en el centro, sino como la estrella vivir de tal manera que los hombres conozcan al Señor.

Te damos las gracias, Jesús, por el regalo de los Magos; ojalá podamos recorrer su camino, porque el gozo está, sobre todo, en el encuentro contigo y en la misión. Hay que hacer un camino largo pero merece la pena, porque quien te encuentra a ti, Señor, es feliz, y el que te pueda dar, más aún.

Gracias Señor, por todo lo que nos das, y ayúdanos a buscarte y a encontrarte.

Que así sea



Dios es Amor

Miércoles, 8 de Enero de 2014

Textos: 1 Jn 4, 7-10; Salmo 71; Mc 6, 34-44

Hemos llegado en la primera carta de san Juan al punto culminante de la carta, donde hemos escuchado la afirmación que, en cierta manera, es también como el culmen de toda la revelación cristiana: «**Dios es Amor**». En cinco versículos, en el capítulo cuarto del siete al once, san Juan nos dice muchísimas cosas, y evidentemente no puedo hacer un comentario de todo ello en una homilía.

Pero ciertamente el movimiento es el siguiente: **Dios es amor, nos ama y manifiesta su amor a los hombres; el hombre conoce y recibe ese amor; y el hombre es llamado a responder y amar con ese Amor, no sólo a Dios sino también a los hombres que Dios ama. Quien ha nacido de Dios ama, y ama a Dios y ama a los hombres que Dios ama.**

Vamos a detenernos un poquito en la afirmación central «**Dios es Amor**». Ciertamente esta afirmación se refiere a Dios mismo, por lo tanto **al Dios único que es Trinidad**, Dios es amor, y es amor el Padre, es amor el Hijo y es amor el Espíritu Santo.

Pero en la primera carta de san Juan esta afirmación se refiere al Padre, directamente al Padre. Cuando leemos el texto es clarísimo que se refiere al Padre, porque al explicar por qué es amor, dice: «**en esto se manifestó el amor de Dios, en que Dios envió al mundo a su Hijo único**». Por lo tanto esta afirmación aquí en este lugar de la carta, se refiere a Dios Padre, por tanto podríamos decir así, sin excluir toda la riqueza que tiene ese término cuando se dice Dios es Amor, que san Juan lo está diciendo del Padre, **Dios Padre es Amor.**

Y cuando se dice esto ¿por qué lo dice san Juan? Cuando dice que Dios Padre es amor no lo dice ante todo porque eternamente lo sea, que lo es; y no lo dice primeramente por el amor eterno que el Padre tiene al Hijo en el Espíritu Santo. Por lo tanto, san Juan al decir que Dios es amor no lo está diciendo respecto al amor de Dios en sí mismo y a la comunión de amor que las personas divinas tienen siempre, desde siempre y para siempre, no, sino que san Juan dice que **Dios es amor al hombre**. Cuando san Juan **Dios es amor**, está diciendo que **¡Dios es amor al hombre!**

Y cuando se sigue leyendo el texto, con más precisión, dice que: **Dios es Amor al hombre pecador**; si leemos la carta nos quedamos asombrados porque “**Dios es Amor**” significa que “**el Padre es Amor al pecador**”; es decir, **Dios Padre me ama a mí.**

A partir de ahí no podemos decir lo que queramos, porque san Juan no está utilizando la palabra “**amor**” en cualquier sentido, ni mucho menos con el sentido tan degenerado que ha ido teniendo posteriormente; todo lo contrario, el Nuevo Testamento utiliza un término nuevo para hablar del amor de Dios porque ninguno de los que había vale. Por lo tanto la referencia para ese nuevo término es “**Ágape**”, y para entender qué es ese Amor hay que mirar a Dios y contemplar lo que Dios hace y vive.

¿Cómo se ha manifestado en ese Amor? Porque “**Dios ha enviado a su Hijo para que vivamos por medio de Él**”, para que la vida de Dios esté en nosotros; «**en esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que el amor consiste en que Él nos amó primero y nos ha entregado a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados**».

El amor del Padre a nosotros que somos pecadores, se ha manifestado primero en que ha enviado al Hijo para que lleguemos a participar de la vida de Dios Padre, para que seamos hijos en el Hijo, para que vivamos la misma vida de Dios.

Segundo, el amor de Dios se ha manifestado en que el Padre ha entregado a su Hijo a la Cruz para salvarnos, pues para poder ser hijos hay que redimir el pecado.

Quedémonos meditando lo que san Juan nos dice. ¿Dios es Amor? –Sí; ¿A quién? –A mí, a cada uno de nosotros, a todos los hombres. **Dios es Amor al hombre, y al hombre tal y como está ahora**, no como salió de las manos de Dios, porque el hombre no salió así de las manos de Dios, «**vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno**», **y sin perder esa bondad que viene de la creación, la creación esta herida por el pecado que no viene de Dios.**

Por lo tanto san Juan nos está explicando que Dios no se ha echado atrás en su amor, a pesar de la falta de amor y de correspondencia de sus criaturas, de los hombres, y por lo tanto, esto nos llena de consuelo y de esperanza, **el deseo de Dios no morirá jamás y su decisión de amarnos llegará hasta la eternidad, ¡no se echará atrás nunca!**

Y ¿dónde podemos tocar, ahora, el Amor de Dios? En el Altar de la Eucaristía, donde Jesús renueva y hace presente su sacrificio, se entrega y se sacrifica por nosotros, y se nos da para que participemos de su vida. Lo que acabamos de escuchar se hace realidad ahora en la celebración de la Eucaristía.

Te damos gracias, Dios Padre, que nos amas siempre, nos muestras tu amor cada día, que nos sigues amando a cada instante, que quieres que seamos tus hijos de verdad, y que en todo momento nos ofreces también tu misericordia y tu perdón, para curar las heridas de nuestro pecado, para dejarnos recrear por ti que nos ofreces tu amor a través de Jesucristo, tu Hijo, y del don del Espíritu Santo para que día a día crezcamos como hijos tuyos.

Enséñanos, Padre, a reconocer tu amor, a recibir tu amor, a vivir e irradiar tu amor.

Que así sea



El Bautismo del Señor

Domingo, 12 de Enero de 2014

Textos: Is 42, 1-4.6-7; Salmo 28; Hch 10, 34-38; Lc 3, 15-16.21-22

Cuando una mujer está en estado, está esperando el nacimiento de un niño, eso es un gran acontecimiento, es maravilloso, pero esto produce un montón de preguntas: será niño, será niña, se parecerá a su padre, se parecerá a su madre. Cómo vamos a ser está ya en la información genética desde el momento de la concepción, se va a desarrollar luego ese ser, esa persona que ya ha sido concebida y está tomando vida en el seno de la mujer hasta que después de nueve meses nace y va creciendo, de manera que vamos desarrollando lo que ya está desde un principio en cierta manera.

El bautismo es una nueva vida y tiene cierta semejanza con la concepción humana; ¿por qué? **Porque el día de nuestro bautismo, el Espíritu Santo descendió sobre nosotros y sembró la semilla de la vida de Dios.**

Y esa semilla en los cristianos por un lado es la misma y por otro lado es completamente diferente en cada bautizado. Digo que es la misma porque es Dios quien entra en nosotros, pero esa semilla es completamente diferente para cada uno, porque Dios nos ama a cada uno por nuestro propio nombre, para Dios nadie hay igual a otro, y Dios tiene la capacidad de amarnos infinitamente a cada uno de nosotros de una manera original a cada uno.

Pero la diferencia con lo que es la concepción humana es que, así como la información genética está desde el principio y se desarrolla, **en el Bautismo Dios ha sembrado el sueño de amor que tiene con cada uno de nosotros, de modo que el día de nuestro bautismo el Espíritu Santo descendió para que tú pudieras ser hijo, hija de Dios de verdad.**

De manera que desde el momento de nuestro bautismo hay una esperanza de amor de Dios que está velando sobre cada uno de nosotros, esperando que podamos llegar a ser esa maravilla que Dios ha soñado desde toda la eternidad, porque sobre ti, sobre cada uno de nosotros, Dios tiene un sueño de amor porque nos ha amado desde siempre.

La diferencia también con la vida natural, es que la vida natural sigue su proceso según las leyes biológicas, las leyes del desarrollo humano. El problema de la vida de Dios, de la vida de la gracia, es que no se puede desarrollar sin nosotros, **necesita el Señor de nuestra respuesta, de nuestra libertad, de nuestro sí, de nuestra colaboración, de manera que la verdadera maravilla de la vida cristiana es que llegamos a ser hijo, hija de Dios pudiendo responder amorosamente, responder libremente al amor primero de Dios, porque primero Dios ha depositado la vida y la luego la desarrolla con nosotros.**

Hoy hemos contemplado cómo Jesús es bautizado, y es bautizado para que los hombres supiéramos que en medio de la humanidad había uno que pasaba desapercibido pero que es el Hijo de Dios, y es de los pocos casos en todo el evangelio, hay tres, donde habla Dios Padre; uno de ellos es en el Bautismo: **«Este es mi hijo»**, y no sólo habla el Padre sino que baja el Espíritu Santo en forma de paloma.

Pues esta voz del Padre que dice: «Tú eres mi hijo, mi predilecto en quien me complazco», es lo que dijo sin que se oyera el día de nuestro bautismo, porque el día de nuestro bautismo Dios Padre ha saltado de gozo y ha dicho: «tú eres mi hija, tú eres mi hijo».

Toda nuestra vida cristiana consiste en llegar a descubrir la maravilla de ser hija e hijo de Dios, y eso sólo lo podemos descubrir si llamamos a Dios "**papá**", si le tratamos de veras como Padre, si empezamos a vivir una relación verdadera de amor con Él, y empezamos a dejarnos conducir por Él haciendo lo que a Él le agrada.

Tenemos la costumbre maravillosa de celebrar el cumpleaños, nos gusta, sobre todo a los niños os encanta celebrar el cumpleaños; pues **sería bonito saber cuál es el día de nuestro bautismo, porque también es una ocasión maravillosa poder celebrar el día en que recibimos la vida de la gracia, y que comenzamos a ser hijo, hija de Dios.**

Señor, en esta mañana queremos darte las gracias por el amor tan grande que nos tienes, porque tú te gozas de que yo sea tu hijo, de que sea tu hija.

Te pido que me enseñes a descubrir la maravilla del regalo que me has dado, y te pido que abras mi corazón para que pueda aprender y comenzar a ser de verdad hijo de Dios.

Que así sea



Esponsalidad y fecundidad

Lunes, 13 de Enero de 2014

Textos: 1 Sam 1, 1-8; Salmo 115; Mc 1, 14-20

Comenzamos el *Tiempo Ordinario*, y en estos días de feria vamos a ir comentando la primera lectura. Durante cinco semanas vamos a estar escuchando trozos de los dos libros de Samuel y fragmentos de la primera mitad del primer libro de los Reyes; por tanto la Iglesia nos invita a recorrer todo el camino que va desde antes de Samuel hasta después de Salomón; éste es el espacio de la historia de Israel que la Iglesia nos invita a contemplar estos días.

Y es importante situar el camino que vamos a hacer. Está situado después del Éxodo y de la llegada a la tierra prometida, en el periodo de los Jueces, y Samuel marca justamente el final del tiempo de los jueces y el comienzo de la monarquía, porque durante el tiempo del profeta Samuel es cuando el pueblo va a elegir rey, primero Saúl y luego vendrá David.

La Iglesia nos invita a descubrir cómo en el Antiguo Testamento el Señor nos da a comprender nuestra vida cristiana, lo que es la vida en el Señor. Por lo tanto siempre al escuchar el Antiguo Testamento lo hacemos desde la luz de Cristo; queremos hacer como hizo el Señor con los discípulos de Emaús: **«tomando la Escritura les fue hablando de todo lo que se refería a Él»**. Ésta es la lectura que nosotros queremos hacer siempre: como cristianos, con la luz del Espíritu Santo nos acercamos al Antiguo Testamento, para dejar que la Palabra del Señor ilustre nuestra vida cristiana.

Hoy hemos escuchado el comienzo del primer libro de Samuel, nos sitúa al comienzo de la vida de una persona hablando primero de sus padres. Esto ya nos hace vislumbrar algo muy importante, que una persona decisiva en la historia de Israel como es Samuel es un don de Dios, es un regalo de Dios.

Ana, la madre de Samuel no tenía hijos. Vemos cómo en el Antiguo Testamento hay una pedagogía de Dios, donde Dios va haciendo poco a poco una revelación y donde va educando al pueblo. Todavía había vestigios de poligamia, porque su marido Elcaná tenía dos esposas; el Señor va a ir purificando todo eso hasta que lleguemos al matrimonio como tiene que ser, el matrimonio monógamo.

Elcaná estaba muy atento a sus mujeres, sobre todo a Ana, la quería especialmente, que era la que no tenía hijos. Hemos escuchado cómo todos los años iban al Santuario de Silo a ofrecer sacrificios y a orar al Señor, y cómo Peniná, la otra mujer, humillaba a Ana por no tener hijos. Aparte de la humillación que sufría, Ana lloraba y estaba afligida porque para una mujer es fundamental la maternidad, ella lloraba porque no era madre.

Hay un momento al final, precioso, donde su marido Elcaná le dice: **«por qué te afliges, por qué se apena tu corazón, ¡no te valgo yo más que muchos hijos!»**. Elcaná lo que viene a decir a Ana es que la relación con su esposo, la esponsalidad, le consuele de su falta de maternidad.

Y esto para nosotros es muy luminoso, por lo siguiente. Toda familia se basa en el amor de los esposos y el amor de los esposos es la fuente de los hijos; **la fecundidad viene de la esponsalidad y es muy importante que siempre mantengamos este orden.**

Si en el hombre no está primero el amor de Dios todo va mal, y cuando un hombre y una mujer se casan en el Señor, contraen matrimonio y fundan una familia, ese amor de esposos

es el que está en la base de todo lo que viene después; por lo tanto es fundamental que se fortalezca y crezca cada vez más el amor esponsal, para que la familia que Dios bendice con los hijos, que es lo habitual, prospere porque todo depende del amor de los esposos. Pero una cosa es esto, que tiene que ser así y nunca se tiene que olvidar, y otra cosa es, que porque haya amor esponsal eso baste.

No basta, porque una cosa es la esponsalidad y otra cosa es la maternidad, y una mujer casada siempre tiene esa vocación, ese deseo de la maternidad, y por lo tanto esa ausencia de maternidad es para Ana un dolor, una aflicción, es llanto. Y esto ¿qué quiere decir para nosotros? Pues fijaos una cosa preciosa, porque Dios nos ha hecho de tal manera que nuestro corazón tiene una riqueza tal que tiene muchas dimensiones, y una dimensión puede estar plenamente desarrollada, pero a la vez hay otras dimensiones de nuestra vocación que están deseando ser realizadas.

Uno puede estar feliz en la esponsalidad y sufrir ese dolor de la falta de hijos. Elcaná quizá no lo percibió suficientemente porque no era mujer. Para nosotros esto es importante, porque **en nuestra vida cristiana a veces podemos experimentar la conjunción del gozo y del dolor, y esto realmente sucede en la medida en que por un lado podemos estar caminando y siendo bendecidos, y por otro lado estamos experimentando la cruz o la falta de bendición en algún aspecto.**

Y como vamos a ver mañana, **Ana eligió el camino verdadero, y es que ese dolor, esa aflicción, esa pena del corazón, la llevó a orar y a pedir a Dios.**

Señor, en esta tarde te pedimos, que nos enseñes a caminar contigo de la mano de tu Palabra, que la historia del pueblo elegido sea para nosotros luz, y a través de los personajes con los que tú has iluminado el camino del pueblo elegido, ilumines también nuestra vida para que nos enseñes a caminar contigo, a crecer en la vida cristiana.

Que así sea



El fruto de la oración

Martes, 14 de Enero de 2014

Textos: 1 Sam 1, 9-20; Salmo 1 Sam 2, 1-7; Mc 1, 21-28

Samuel fue un personaje decisivo en la historia de Israel y mañana escucharemos la narración de su vocación, ese pasaje precioso que conocemos y que tantas cosas nos enseña.

Pero lo que quizá no hemos meditado suficientemente es cómo vino Samuel, porque la Escritura se detiene en contarnos lo que está antes de su concepción y de su nacimiento. Samuel, *lo hemos escuchado*, ha sido un don de Dios, porque Ana, su madre, se lo ha pedido al Señor y se lo ha pedido de corazón.

Por lo tanto podríamos decir que Samuel es uno de esos personajes de la historia de la salvación que ha sido un regalo especial de Dios y aquí, clarísimamente, ha sido el fruto de la oración de su madre, ha habido una intimidad profunda entre Dios y Ana, de la cual ha venido este regalo que es Samuel.

Esto es muy importante para nosotros, porque no sabemos la cantidad de cosas que en la historia han sucedido como fruto de la fe y de la oración de los sencillos, de los que creen, y es para nosotros muy confortador, porque la historia sigue teniendo este fruto, el fruto de los que creen y oran.

Nos ha dicho el texto que Ana es sobre todo una mujer que sufre, una mujer afligida, y esto lo dice porque el sacerdote, Elí, la ha visto orar delante de Dios y ha pensado que está bebida porque está moviendo los labios pero no se la oye nada y ha pensado: «*esta mujer ha bebido más de la cuenta*».

Esto nos advierte que tenemos que tener mucho cuidado con juzgar, y el estar cerca de Dios no nos libra de emitir juicios, que tenemos que tener mucho cuidado de no hacerlos, porque Elí está en el templo, es sacerdote, está continuamente entre las cosas de Dios, entonces ve algo y lo primero que hace es emitir un juicio sobre la persona, ¡cosa grave! Pero vamos a ver cómo Elí aunque es un sacerdote débil, por otro lado es un hombre de Dios porque es humilde y sabe aceptar la corrección de Ana que enseguida le va a contar lo que está haciendo; le dice: «***me he puesto ante la presencia del Señor y estoy desahogando mi corazón***»

Entonces ¿qué es orar? Hay muchas formas de oración y Ana nos enseña una: **Orar es ponerse en presencia de Dios, abrir el corazón y contarle al Señor lo que llevamos dentro; eso es orar: tratar de amistad con quien sabemos nos ama.**

Y es muy importante que nosotros, entre las muchas cosas que pueden formar parte de nuestra relación con el Señor, que esto es la oración, **es muy importante que le hablemos al Señor con confianza, que le contemos al Señor lo que llevamos dentro, la tribulación, la aflicción, el sufrimiento interior, las penas tienen en sí mismas algo bueno y es que nos están invitando por dentro a acudir al Señor, a desahogar nuestro corazón ante Él.**

De hecho ella va a hablar al Señor, le va a contar toda su pena, su deseo de ser madre, y nos va a decir la Escritura que después de esta oración ella no era la de antes, no era la misma. ¿Por qué? Porque en la medida en que nosotros contamos al Señor lo que llevamos

en el corazón, lo abandonamos y se lo confiamos al Señor, eso nos cambia, nos transforma, la oración nos cambia y nos hace salir distintos de ese encuentro con Dios.

Elí va a cambiar completamente, va a acoger lo que le dice Ana y va a invocar la bendición de Dios, una invocación a través del sacerdote que Ana va a acoger como un presagio, como una palabra que el Señor le dice al corazón, de confianza, y ella va a creer que a través de esas palabras del sacerdote Dios mismo le está hablando, y de hecho sabemos como el Señor la bendecirá con un hijo.

Bendecida por el Señor, Ana bendecirá a Dios. Hemos respondido a esta lectura con el cántico de Ana, que es un preanuncio del **Magnificat**, ¡qué importante es aprender esto!, pedir al Señor, reconocer los dones de Dios y después de tratar con Dios, de hablar y dialogar con Él con toda confianza, tenemos que aprender no sólo a pedir sino a bendecir y dar gracias al Señor.

Señor, en esta tarde, queremos darte las gracias por la luz que nos das a través de esta esposa y madre de familia, de Ana, una mujer afligida, una mujer que ha sufrido y que después del encuentro contigo salió transformada, a la que tú bendijiste y ella supo responder a ese don bendiciéndote y ofreciéndote el hijo que recibió a través de ti.

Y ella misma, después de ofrecerte a Samuel, fue bendecida con más hijos porque tú quisiste bendecir y premiar la fe de la que oraba y se confiaba a ti.

Queremos pedirte, Señor, que nos enseñes a ponernos en tu presencia, a aprender a orar desahogando nuestro corazón, abriendo de par en par nuestro corazón delante de ti. Te pedimos también que nos enseñes a saber pedir de corazón y a saber bendecirte y agradecerte todo lo que recibimos a través de ti.

Y concédenos también la gracia de saber aceptar lo que tú dispones. A Ana le concediste un hijo; muchas veces acudimos a ti sufriendo, acongojados, pues no recibimos lo que pedimos pero ciertamente si acudimos a ti no saldremos como llegábamos porque nos consolarás, y con tu palabra y tu gracia nos ayudarás a saber aceptar lo que tú dispones.

Danos un corazón nuevo y enséñanos a orar con el corazón.

Que así sea



La vocación de Samuel

Miércoles, 15 de Enero de 2014

Textos: 1 Sam, 3, 1-10.19-20; Salmo 39; Mc 1, 29-39

Con la vocación de Samuel el Señor nos ayuda a entender una cosa importantísima, que es la siguiente: **que tenemos que contar con Dios en nuestra vida.**

Samuel tiene una experiencia de Dios, pero no sabe que está teniendo una experiencia de Dios, porque Dios le está hablando al corazón y él no había tenido hasta entonces esa experiencia; nos dice la Escritura que no le había sido revelada la Palabra de Dios, no había vivido todavía la experiencia de que Dios le hablara.

Al reconocer que recibe una voz que le está hablando, él da una explicación natural: –“yo estoy escuchando mi nombre ¿quién puede ser? –Elí, ¡pues ya está!”, y el muchacho pues no sale de ahí, porque no concibe que sea Dios quien le esté hablando.

Nosotros tenemos que salir de ese planteamiento meramente natural, nosotros no podemos tener una vida cristiana donde vivamos las cosas de Dios pero en el fondo metidos en nosotros mismos, vivir nuestra vida pensando que Dios no tiene nada que hacer en ella; eso es contradecir lo más profundo de nuestra fe, porque Dios está presente y quiere actuar en nuestra vida.

Nuestro gran deseo es que esa manifestación llegue, que la podamos percibir y reconocer, y reconociéndola podamos ser fieles a eso que el Señor hace en nuestra vida.

Lo primero que nos plantea la vocación de Samuel es la sorpresa de un Dios que irrumpe sin avisar, de una manera repentina, como una gracia inmerecida, como un gran regalo.

Gracias al sacerdote, y esta es la gran función del pastor, que es discernir y ayudar a las personas a vivir lo que Dios quiere de ellas y lo que Dios hace con ellas, Elí por fin se da cuenta de que al chico le pasa algo y cae en la cuenta: –“Samuel está recibiendo una palabra, no soy yo; ¡está claro!, es el Señor”-.

Samuel conoce a Dios que entra en la vida y nos habla al corazón, porque Samuel tiene una experiencia de Dios que no parte de leer la Escritura, que estaba comenzando en aquella época, sino que **Samuel lo que tiene es una experiencia de que Dios le habla, y le habla al corazón.**

Desde aquí vemos el complemento de lo que veíamos ayer con Ana. Ana es la mujer que habla con Dios, que ora porque desahoga su corazón con el Señor, que pide, que es bendecida, que recibe, que agradece; pero aquí el acento está en esa oración donde somos nosotros, sobre todo, los que hablamos con Dios.

Hoy la vocación de Samuel ¿qué nos enseña? Que orar es escuchar a Dios, ¡es escuchar a Dios!; que es muy importante hablar con Dios pero es mucho más importante que Dios nos hable, ¡muchísimo más!, y que el secreto de la vida cristiana consiste sobre todo en escuchar, permitir que el Dios vivo que está presente pueda hablarnos, y nosotros podamos percibir esa Palabra que Él nos quiere dirigir.

Samuel va a aprender a vivir de esa Palabra de manera que, nos dirá el texto, no dejó caer en tierra ninguna de las palabras que Dios le dio; fue tan fuerte su experiencia y tuvo tan claro que Dios es el Dios que habla, que para él era clarísimo que aquello que

el Señor le decía no se podía echar a perder. Pues ojalá el Señor nos conceda a nosotros esta gracia tan grande.

Y por último, Samuel va a ser guía y pastor del pueblo de Israel, y con él de su mano, durante su vida, va a irrumpir la monarquía y él va a acompañar esos primeros pasos de la monarquía de Israel. Pero **Samuel va a ser pastor desde el encuentro con Dios y desde la escucha de la Palabra; por eso va a poder guiar al pueblo, porque vive cara a Dios, porque escucha y porque tiene luz de Dios.**

Pues nosotros también tenemos que aprender a que nuestra vida tiene que ser así. Fijaos que palabra tan bonita nos ha puesto la Iglesia en el **Aleluya** de este día: **«mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen»**

Señor, en esta tarde queremos darte las gracias porque a través de la vocación de Samuel, nos descubres que tú estás vivo y que quieres irrumpir en nuestra vida; queremos contar contigo y queremos aprender a escucharte, pues tú estás deseando hablarnos.

Que seamos capaces de reconocer tu Palabra, una Palabra que tenemos que aprender a guardarla en el corazón y a cumplir en nuestra vida con tu gracia.

Ilumínanos para descubrir cuánto nos amas, y que nuestro corazón esté sediento de escuchar lo que tú nos quieres decir.

Que así sea



Fieles a la voluntad del Señor

Jueves, 16 de Enero de 2014

Textos: 1 Sam 4, 1-11; Salmo 43; Mc 1, 40-45

Hemos escuchado una lectura que ha sonado tremenda, porque la íbamos escuchando y parece que dices: ¡vaya victoria tan impresionante que van a tener los israelitas!, y fue todo lo contrario, a la primera ¡derrota!, y a la segunda, cuando fueron a buscar el **Arca de la Alianza** renovados en su ánimo y llenos de ilusión y valentía afrontan la batalla, resulta que reciben una derrota aún mayor.

Y no sólo eso, lo más tremendo, lo impensable es que los enemigos, los filisteos atrapan y se quedan con el Arca de la Alianza, *¡nada más y nada menos que el Arca de la Alianza cae en manos de los enemigos, de los filisteos!*

Los israelitas se preguntaban ¿cómo es que el Señor ha permitido que fuéramos derrotados? ¡Buena pregunta!, ¡una gran pregunta!, ¿por qué? Porque las cosas no siempre suceden como nosotros esperamos, y tampoco suceden cuando, de alguna manera, hemos invocado al Señor o pedimos que el Señor interceda o se haga presente.

Cuando se va leyendo el libro primero de Samuel se va percibiendo claramente una cosa, y es que el pueblo está muy lejos de Dios, el pueblo empezando por sus dirigentes, por los que están a la cabeza, están muy alejados de Dios; símbolo de todo esto es a los que nombra al final, los hijos de Elí que eran sacerdotes también, *(Elí, lo escuchábamos ayer, era el sacerdote que enseñó a Samuel a escuchar la palabra de Dios)*, sus dos hijos eran sacerdotes indignos, cumplían su oficio, pero es un signo de este pueblo que está entre las cosas de Dios pero que lleva una vida que desagrada completamente a Dios.

De manera que esta desgracia que viene no es más que un signo de desaprobación, del dolor que tiene el Señor respecto de la vida de su pueblo, y el Señor permite que tengan no sólo una derrota, sino que lo que Él les había regalado, el gran signo de su presencia, el símbolo de Dios mismo en medio de su pueblo, esté en manos enemigas.

Y todo esto a nosotros nos dice muchas cosas. La primera, que no basta haber conocido la verdad y estar en la Iglesia de Cristo, ¡no basta! Y no basta estar entre las cosas de Dios para decir “*Señor cumple lo que yo deseo porque te lo pido*”, que es en el fondo lo que nos manifiesta esta lectura, ¡no basta!

Porque como enseña el Señor, primero, hay que consultar a Dios ¿realmente el Señor quería esa batalla? Segundo ¿la quería así? Tercero, el pueblo que pide la invocación de Dios ¿tiene tanto interés en ser fiel a la voluntad de Dios como en pedir que Dios haga lo que ellos desean?

Por lo tanto, el libro inspirado nos enseña, que el Señor no está de parte de quien no está cerca de Él, quien no cumple su voluntad, quien no lleva una vida como a Él le agrada.

Por otra parte, esto sucede justo después de que una madre que ha llorado, ha pedido y recibido la bendición de un hijo, y luego recibirá más, tiene la gran experiencia que ese hijo que consagró al Señor, Dios lo convierte en profeta y futuro guía del pueblo. Mientras el pueblo sufre una gran derrota Dios está preparando la solución, está preparando el camino para sanar a su pueblo.

Y de hecho vendrá “lo inaudito después de lo inaudito”: lo inaudito es que el **Arca de Dios** esté en manos de los enemigos; pues lo más inaudito es que Dios mismo va a hacer volver ese Arca, o sea, *no va a haber una batalla, no van a reconquistar ese Arca*, ¡no!, Dios mismo la va a devolver, va a hacer que el arca vuelva, para hacer ver a su pueblo que cuando Él quiere hacer una cosa la hace, y por los caminos donde nadie ha pensado: que los mismos filisteos la devuelvan; ¡fijaos, los mismos filisteos van a devolver el arca!

Pues esto nos llena a nosotros de esperanza, porque cuando vemos situaciones difíciles en nuestra vida o en la vida de la Iglesia, cuando parece que se extienden los que no creen, los que no quieren vivir la vida de Dios o vemos que somos minoría, pues Dios está actuando, y más allá de lo que se ve, Dios está preparando la respuesta para poder levantar de nuevo a su pueblo.

Y esto es una constante en la historia de la salvación, porque los hombres nos acomodamos, nos vamos olvidando de Dios, lo ponemos en un segundo, tercero, cuarto, quinto, o no se sabe en qué lugar, y entonces el Señor permite que la vida discurra, y la vida poco a poco va haciendo que los cristianos despierten, que los que quieren seguir al Señor tengan que despertar. Sobre todo es una constante cómo el Señor despierta a algunos para que despierten a su pueblo; esto nos llena de confianza.

Por tanto en las situaciones peores como fue esta situación, en las más desesperadas donde sucede lo que nadie podía pensar, en una situación así Dios ya prevé la solución, y no sólo la prevé sino que ya la está obrando: nadie sabía que un buen niño era el gran profeta de Dios, el primero de los profetas, Samuel.

Te damos gracias Señor, porque estás siempre con nosotros. En la vida no siempre entendemos lo que pasa y mucho menos nos resulta fácil entender las adversidades, las situaciones contrarias, y todavía menos entendemos cuando parece que eso va contra ti y tú lo permites.

Danos Señor, luz para estar siempre confiados en ti, para no perder nunca la fe, para tener siempre puesta nuestra esperanza en ti, pues tú sabes sacar bienes de los males y estás preparando ya la victoria después de una derrota.

Danos luz, danos una confianza grande, danos esperanza para que caminemos siempre confiados en ti.

Que así sea



El Señor da la victoria a su ungido

Viernes, 17 de Enero de 2014

Textos: 1 Sam 8, 4-7.10-22; Salmo 88; Mc 2, 1-12

En el primer libro de Samuel, que estamos escuchando en esta primera semana del Tiempo Ordinario, hemos llegado a un momento clave, es cuando el pueblo pide un rey. La situación hemos visto que era difícil porque el pueblo estaba sometido, acababa de ser fuertemente derrotado por los filisteos, enemigos de los israelitas; el pueblo está en una situación muy complicada, casi desesperada, buscan una solución, y la solución es: -“¡claro!, los demás pueblos tienen reyes y nosotros no tenemos rey, entonces nosotros queremos tener un rey como todos los pueblos, queremos ser como los demás”-.

A Samuel esto le duele profundamente, porque esto es lo mismo que hacer del pueblo lo que los hombres queremos y no escuchar lo que Dios quiere hacer de él.

Samuel acude al Señor, y el Señor le dice una frase tremenda, dice «**tranquilo, no te rechazan a ti sino a mí; haz caso de lo que te dicen y dales un rey**»

¿Qué podemos aprender nosotros de todo esto? Porque vemos cómo el origen de la monarquía no ha sido querido por Dios directamente, ha sido, *diríamos nosotros*, aceptado resignadamente por Dios, que a la vista del empeño del pueblo ha aceptado que los israelitas escogieran un rey.

Pero lo curioso es que posteriormente Dios va a hacer una promesa, que va a dar el Salvador, el Mesías como un descendiente del rey David, por lo cual uno se queda un poco perplejo: Dios no quiere la monarquía pero resulta que ahora esa monarquía que los hombres han querido, Dios la va a usar para cumplir sus promesas.

Tenemos que aprender cómo el Señor que nos ama siempre y es fiel a nosotros; el Señor se las apaña para deshacer los entuertos que nosotros hacemos y seguir adelante con lo que Él quiere hacer, asumiendo, a veces, nuestros pecados y nuestros males.

Porque Dios es fiel a la Alianza, el Señor no se echa atrás en la elección que ha hecho y esto es verdaderamente impresionante para todos nosotros, sabiendo, bien es verdad, que esa monarquía que el pueblo se eligió caerá. Cuando lleguen los tiempos de Jesús, en que ciertamente ya no había reyes, Jesús va a venir como descendiente de David cuando ya no hay esa monarquía, que esto también es importante.

Nosotros ¿qué más podemos aprender de todo esto? Pues mirad, siempre hay una tentación y es no descubrir que la vida cristiana, que la Iglesia es el pueblo de Dios, que tiene que regirse según la voluntad de Dios y lo que Dios haga.

La Iglesia no la hemos hecho nosotros, la ha fundado el Señor, y la Iglesia tiene que ser como el Señor quiere, no como nosotros la hagamos. La tentación de ir acomodando siempre la verdad de la Iglesia a la cultura dominante, a la que hay en cada época, es una tentación no sólo que acompaña a la historia de la Iglesia, sino que acompaña el principio y los primeros pasos del pueblo elegido; las cosas se remontan muy atrás.

Una cosa es cierta, que los tiempos cambian, evidentemente, y en la medida que las cosas cambian, cambia también el caminar de los hombres, y los cristianos somos hombres como los demás. Pero tenemos que tener mucho cuidado porque la Iglesia, que es el pueblo de

Dios, es algo que el Señor ha hecho y ha querido de una determinada manera, y es Él el que debe regir y debe orientar siempre la vida de la Iglesia.

Los israelitas en vez de acudir a Dios, en vez de buscar y ponerse a implorar la luz y el discernimiento de los caminos que Dios quiera tener para fortalecer y defender a su pueblo en ese momento, han buscado su propia solución, cosa que nos pasa muchas veces a nosotros, cuando tenemos momentos difíciles ¿qué es lo que hacemos? Pues buscamos nuestras propias soluciones y luego le pedimos a Dios que las bendiga, cuando el verdadero camino no es ese, el verdadero camino es: *“Señor danos luz, haznos conocer cómo quieres tú solucionar esto, danos fe para creer y danos la gracia para vivirlo, porque si tú nos iluminas tú mismo llevarás esto a término”*.

Por otra parte, cuando vamos caminando hay otra gran tentación y es que **ser cristiano nos hace diferentes a los demás: en la medida que tú conoces a Dios tu vida empieza a ser distinta, porque tiene otra luz, tiene otra orientación, tiene otro planteamiento diferente, porque tú vives escuchando a Dios, vives creyendo lo que Dios dice, y esa vida empieza a ser distinta de la vida de los demás.**

Entonces siempre hay la tentación de querer acomodar la vida de Dios con la vida del mundo, de manera que no seamos distintos, y sobre todo evitar ese rechazo o esa dificultad que muchas veces tenemos en la relación con los demás cuando seguimos al Señor.

Y eso sucedió en tiempos de Samuel, sucedió en tiempos del Señor y sigue sucediendo ahora y sucederá hasta el final de los tiempos, porque cuando conocemos a Dios y queremos seguirle pues somos distintos, y tenemos que aceptar ser distintos ¡tenemos que aceptar ser distintos! Eso es lo que los israelitas no quisieron aceptar, no quisieron ser como Dios quería que fueran, y eso le dolió mucho al Señor, ¡le dolió mucho! Pero Él aceptó, aceptó no para convertir la voluntad de Dios en la voluntad de los hombres, sino para sacar adelante la voluntad de Dios en favor de los hombres de otra manera.

Señor, en esta tarde te pedimos que nos ayudes a ser como tú quieres que seamos, que no nos avergoncemos de ser tuyos, que aceptemos la distinción que tú provocas en nuestra vida, ayúdanos Señor a ser fieles y a fiarnos siempre de tus caminos.

Enséñanos a acudir a ti en las dificultades, a creer las soluciones que tú nos das, para que en nuestra vida contemplemos que eres un Dios vivo que salvas hoy, aquí y ahora.

Que así sea



Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo

Domingo, 19 de Enero de 2014

Textos: Is 49, 3.5-6; Salmo 39; 1 Cor 1, 1-3; Jn 1, 29-34

El evangelio de hoy es sobre todo un anuncio, es el anuncio de quién es Jesús. San Juan Bautista ha dicho varias cosas pero nos vamos a quedar solo con una, que voy a intentar explicarla un poco porque tiene mucha luz para nosotros. Juan Bautista ha dicho que **Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.**

Esta frase es tan importante que todos los días la Iglesia la dice antes de comulgar. Esto quiere decir que no es una frase cualquiera; es una frase muy importante.

Jesús, evidentemente, no es un cordero; Él es Dios y es hombre. Pero para poder entender el misterio de Jesús, para comprender quién es el Señor, quién es nuestro Salvador, la Escritura no suele usar definiciones, sino que más bien usa imágenes, que a la vez hay que saber usar con prudencia, porque la imagen no es la realidad, pero nos ayuda a entenderla, porque para comprender a Dios, que nos supera, los símbolos y las imágenes a veces ayudan mucho más.

Jesús es como un cordero, es el cordero de Dios, que ha realizado una obra decisiva, fundamental, que es quitar el pecado del mundo. Entonces, el cordero ¿qué evoca? El cordero en la Escritura, tomando la imagen de lo que es el animal, nos evoca suavidad, nos evoca docilidad, no es agresivo, el cordero es un animal pacífico, un animal dócil, dócil al pastor.

Pues todo esto se ha realizado de una manera especialísima en el Señor, ¿por qué? Hemos dicho en el salmo «**Señor aquí estoy para hacer tu voluntad**», la característica primera y más importante de Jesús, nuestro Señor, es que Él ha sido siempre dócil y fiel al Padre, de tal manera que todo lo que Él ha vivido ha sido en comunión, en unión y en fidelidad a lo que el Padre quería.

Por otra parte Jesús ha venido al mundo y este mundo está lleno de pecado y de mal, y **¿cuál es la característica más clara, de lo que el Señor ha hecho ante el mal del mundo?** Que se ha comportado ante el mal como un cordero, es decir, ante el mal no ha respondido con mal, sino **que ante el mal ha respondido con bien, ante el mal del mundo Él ha amado hasta el final y ha contestado y respondido siempre al mal con bien.**

De aquí que ante la realidad en la que hay mal, pero especialmente ante la humanidad, ante los hombres, Jesús ha respondido con bien; Él ha recibido de todo pero ha recibido males y ha respondido siempre haciendo el bien, no ha respondido al mal con mal sino que **ha vencido al mal a base de bien ¡Victoria!**

Ha quitado el pecado del mundo amando hasta el extremo, de tal manera que el camino para vencer el mal y vencer el pecado no es usando la misma estrategia del mal, sino vencéndolo con el bien. Eso significa que la actitud que el Señor ha tenido con los hombres, que somos pecadores y que hacemos mal, es no responder con mal sino responder padeciendo, incluso el mal, para vencer con el bien, con la fuerza del amor.

Quiere esto decir entonces, que Jesús nos muestra que el cordero no es un animal fofo, debilucho, cobarde; el cordero en la Escritura evoca un animal que se domina a sí mismo, que es fuerte, que es capaz de luchar y vencer y resistir al mal.

Así Jesús ha vencido el mal, y se ha convertido en el cordero que ha vencido. Y ¿qué ha sucedido? Que Jesús, que se ha comportado entre nosotros como un cordero manso, (manso no en sentido de debilucho, sino dócil, pacífico, capaz de sufrir), nos dice la Escritura que ahora está sentado a la derecha del Padre, ahora está en el cielo, tiene las llagas de la pasión y está victorioso, es el que ha llegado al cielo.

¿Cómo se llega al cielo? Siendo como Jesús, como un cordero manso; es el cordero el que ha abierto las puertas del cielo.

El cordero también tiene otra cualidad muy importante que es la siguiente: además de evocarnos la suavidad, nos evoca la vulnerabilidad; el cordero es vulnerable, le afectan las cosas, sabemos que cualquier cosa le afecta, le llega, es sensible, muy sensible. Pues así es el Señor, que le llega y le afecta todo. Cuanto más ama una persona más sensible es su corazón, y el Señor ama infinitamente.

Jesús nos ha enseñado una cosa muy importante, que es la siguiente: «**Bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la tierra**»; es decir, son felices los que son mansos como Él.

Todos los que estamos aquí queremos ser felices, y el Señor nos dice en las bienaventuranzas cuál es el camino de la felicidad. La felicidad tiene que ver con la mansedumbre; por lo tanto el Señor nos invita a descubrir que Él es el Cordero que quita el pecado del mundo, y que el pueblo de Dios, la familia de Dios, los hijos de Dios estamos llamados a ser mansos como Él.

Ser manso como Jesús quiere decir ser dócil a Dios, y ser dócil a Dios quiere decir que la voluntad de Dios es el criterio y el principio de mi vivir, que lo que rige mi vida es la voluntad de Dios. Por lo tanto ser de Dios significa ser manso, aquel que se deja conducir con docilidad, que se fía totalmente, que se abandona, que se deja llevar.

Segundo, para ser feliz hay que aprender a no ser agresivo, hay que ser pacífico, que no consiste sólo en no ser violento ante una determinada situación; la cosa es bastante más profunda. Significa ser tranquilo, aprender a ser con los demás dulce y suave, porque esa dulzura y suavidad nos la transmite el Señor.

Y significa también aprender a ser sensible, tener esa capacidad del corazón de ser sensible ante los demás. Y esto requiere dominio de sí, mucho dominio de sí; quien no vence su egoísmo no puede ser manso, es imposible.

Por lo tanto, la mansedumbre requiere una gran fortaleza ante el mal, y sobre todo ante el mal que padecemos. El Señor nos dice “**tienes que responder al mal con bien**”. Hay que empezar con no responder al mal con mal, hay que empezar por ahí; y luego, poco a poco, ir respondiendo al mal con bien.

Alguno puede decir: “*es que yo no quiero ser tonto*”; pero el mayor tonto es el que deja de ser feliz, y lo que hay que comprobar es si contestando al mal con mal eres feliz. El Señor que es muy bueno, nos quiere buenos y nos quiere felices; por eso el Señor nos da una palabra que requiere fe. Y ¿qué es fe? Es creer que siendo manso se es feliz. Te lo aseguro, el manso está en el cielo; y no en cualquier sitio, sino en el trono. El cordero manso es el vencedor, y además es el que lleva ahora los designios de la historia, Él es el que tiene el poder y es el que va conduciendo a la Iglesia.

A veces nos cuesta entender al Señor y nos cuesta entender al Señor porque nos cuesta entrar en sus caminos y en su manera de actuar. Si hablamos engreídamente, orgullosamente, egoístamente con una persona que es dulce, suave y mansa nos cuesta

entendernos. Por eso el Señor quiere que nos fiemos de Él. Y este camino de la mansedumbre es muy fácil, el Señor lo enseña a quien se quiere apuntar, a quien lo quiere aprender.

Por último, el cordero es también para nosotros la imagen de un animal que es precioso para un banquete, vemos que para los buenos banquetes nos gusta comer cordero. Esto para el Señor es una imagen, ¿por qué? Porque Él quiere ser nuestro alimento; y no sólo quiere ser, es que lo es. El Señor se ha hecho cordero que recibimos al comulgar el Cuerpo de Cristo ¿para qué? Para que te hagas también manso como el cordero, para que aprendas a ser lo que recibes, a que seas como aquello que comulgas: cordero como el Cordero.

Señor, te damos las gracias porque te has hecho por nosotros Cordero de Dios que ha quitado el pecado del mundo y lo sigue quitando.

Gracias, Señor, porque nos enseñas el camino de la felicidad, porque sigues proclamando hoy en tu Iglesia: «felices los mansos porque ellos heredaran la tierra».

Enséñanos a creer, Señor, en el verdadero camino de la felicidad; danos el don de la mansedumbre, de la paz, del amor, de la dulzura, de la suavidad.

Danos, Señor, la convicción de que el mal se vence con el amor y el bien.

Que así sea



San Ildefonso

Jueves, 23 de Enero de 2014

Textos: 1 Sam 18,6-9; Salmo 55; Mc 3,7-12

Vamos a hablar hoy de un santo muy conocido que es san Ildefonso, arzobispo de Toledo en el siglo VII.

San Ildefonso nos ha transmitido algunas cosas muy importantes; sobre todo en aquella época, él defendió dos cosas importantísimas: **la Virginitad de la Virgen María y la verdadera doctrina sobre el Bautismo.**

La virginitad de la Virgen fundamentalmente supone para nosotros la fe en dos cosas. Primero, porque somos cristianos, somos católicos en la medida en que creemos esto, “**que Jesucristo fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo**”, y por lo tanto la Virgen no tuvo relación con ningún varón en la concepción de Jesucristo; pero no sólo eso sino que nunca jamás tuvo relaciones con ningún varón, primera parte.

Y segundo, **que María al dar a luz permaneció virgen; por eso se la proclama: —virgen antes del parto, virgen en el parto y virgen después del parto—, de manera que ella ha conservado el sello de la virginitad en su cuerpo. Estas son las dos cosas que implica nuestra fe.**

Por eso si veis los iconos, veréis que la Virgen lleva en el manto tres estrellitas, lleva una en la cabeza y otras dos, una en cada hombro; ¿por qué? **Virgen antes, durante y después del parto.**

¿Qué significa esto para nosotros? Pues mirad, esto es importante de cara a la Iglesia, porque la Iglesia como la Virgen está llamada a cooperar en dar a luz a los hijos de Dios, y a los hijos de Dios ningún hombre puede darles a luz, nadie, si no interviene el Espíritu Santo.

Quiere esto decir que en la misión de la Iglesia o actúa el Espíritu Santo o realmente no estamos haciendo una verdadera misión, porque tiene que surgir algo nuevo que es que Dios infunda y comunique su vida.

La virginitad, cuando hablamos de ella, hay gente que le da alergia, porque parece que si ensalzamos la virginitad de la Virgen parece que estamos dando de lado el matrimonio o lo que significa el matrimonio, y no es eso, ¡no es eso!

La virginitad de la Virgen es creer en qué consiste la obra salvadora de Dios; es creer que Dios actúa en el mundo y hace algo nuevo y comunica su vida: **Dios mismo se hace hombre y los hijos de Dios brotamos en este mundo en la medida en que el Espíritu Santo interviene**, y por eso la clave está en que María por su fe permite esa concepción.

Y por otro lado, no sólo es que ha sido concebido por obra y gracia del Espíritu Santo sino que ha permanecido virgen en el parto. Y esto ¿qué significa? Pues que no basta sólo “concebir”, sino que “dar a luz” también requiere intervención de Dios. Parece que al principio interviene Dios pero luego ya es natural; no, no, luego no es natural, sino que Dios sigue obrando en aquello que Él ha hecho.

De tal manera que cuando nosotros nos metemos en el camino de Dios y queremos colaborar con Dios siempre tenemos que estar atentos y suplicando la acción de Dios, porque el hijo que ha sido concebido es dado a luz, sale, y **sale porque el Espíritu Santo actúa.** ¡Es importante que aprendamos esto!

Segundo tema, el bautismo. ¿Qué dice san Ildefonso del bautismo? Pues lo que él enseña es que en los sacramentos actúa Cristo; que **el que echa el agua es uno, pero el que purifica y da la vida es Otro, Cristo vivo**, y por eso insistía mucho en comprender la realidad de los sacramentos: que **detrás del ministro está Jesús resucitado actuando**.

De tal manera que **el Señor está hoy presente dando vida**. Por tanto, tenemos que aprender a descubrir en el Bautismo y en todos los sacramentos esa dimensión, que más allá de lo visible: los sacramentos son signos de una presencia y de una actuación real, actual, hoy, aquí y ahora del Señor, que comunica la vida a través de los gestos, de los signos que Él mismo ha instituido para comunicarnos la vida de Dios.

Unimos los dos temas, virginidad de María y bautismo, y descubrimos lo siguiente: **la Iglesia vive de un Dios vivo y presente, que actúa y comunica la vida, que salva ahora**.

Como María nosotros tenemos que aprender a vivir de manera que creamos, supliquemos, esperemos, colaboremos en la actuación de Dios hoy, aquí y ahora.

De tal manera que la virginidad de la Iglesia, no sólo de la Virgen sino de la Iglesia, y por tanto de todos los cristianos, y cada uno de los que estamos aquí, significa vivir de manera que seamos conscientes de que el Señor quiere actuar con el Espíritu Santo, lo creamos, lo pidamos y lo permitamos en todo momento: **al principio, durante y al final de toda obra de Dios**.

Y, por otro lado, tenemos que aprender a vivir esa presencia de Dios que actúa y da la vida especialmente en los Sacramentos, en el Bautismo y cómo no en la Eucaristía. Porque ahora el Señor en la Misa está entre nosotros, está presente en el ministro que preside, ha estado presente en la Palabra que ha sido proclamada, ahora está presente como Sacerdote en el ministro que presta todo su ser a Cristo para que renueve su sacrificio y el Señor se va a hacer presente en lo que siendo pan y vino va a pasar a ser su Cuerpo y su Sangre.

Señor, en esta tarde te damos las gracias porque en medio de una época difícil san Ildefonso supo ser testigo fiel, y supo defender la verdadera fe; la defendió especialmente proclamando la verdad de la Virginidad de María y la verdad del Bautismo, y con ello tú nos enseñas algo esencial de nuestra vida cristiana.

Enséñanos, Señor, a vivir la virginidad de la Iglesia y a creer en tu presencia y tu acción en los Sacramentos, haznos colaboradores dóciles de tu obra para que en nosotros y a través de nosotros tú sigas haciendo realidad, como María, la Iglesia, y difundiendo la vida en el mundo.

Que así sea



San Pablo, apóstol de Cristo

Domingo, 26 de Enero de 2014

Textos: *Is 8,23-9,3; Salmo 26; 1 Cor 1, 10-13.17; Mt 4,12-23*



Cuando hemos entrado al Templo, hemos visto este paño que baja desde la cruz a la imagen de san Pablo que quiere expresar una cosa importantísima: ese paño viene a ser como un vínculo que es decisivo, que es invisible, que une a Pablo con Jesús y especialmente con la cruz de Cristo; él lo dice muchas veces.

San Pablo en la primera carta a los Corintios, de la que hemos escuchado un fragmento, nos habla de Cristo, de la cruz de Cristo. Nos dice cosas muy bonitas, pero también él habla fuerte, con energía, porque en Corinto, donde él había fundado la comunidad cristiana, había bastantes problemas y esto a san Pablo le dolía mucho.

Y lo primero que afronta es que hay divisiones y la comunidad de Corinto tiene el riesgo de quedar dividida, y usa una palabra que luego se usará en la historia de la Iglesia desgraciadamente, que es la palabra **cisma** (que es división, que se produzcan divisiones hasta el punto de que la Iglesia quede dividida).

San Pablo dice: y esto ¿por qué pasa? Mirad porque unos andáis diciendo: *yo soy de Pablo; otros, yo soy de Pedro; otros decís yo soy de Apolo (que es un discípulo de Pablo), otros incluso dicen, como contraponiendo, yo soy de Cristo, yo soy el que de verdad soy de Cristo frente a otros.*

Entonces dice san Pablo **«esto no puede ser, ¡esto no puede ser!»**, ¿acaso está dividido Cristo? ¿Ha muerto Pablo, Pedro o Apolo por vosotros? ¿Os han bautizado en nombre de Pedro, Pablo o de Apolo? ¡No!

San Pablo nos da una primera luz muy importante y es la siguiente: **para poder ser cristianos de verdad y para que haya una Iglesia unida hay que mirar a Cristo, porque somos los cristianos que estamos dentro los que a veces generamos las divisiones**, sobre todo cuando el mensajero se convierte en mensaje, y el centro ya no es anunciar a Cristo donde soy mensajero sino que anunciamos a Cristo pero también nos ponemos nosotros delante, de manera que cuando la persona, el cristiano, el que anuncia a Cristo empieza a ser centro, empieza a haber división.

Por otro lado, a veces las personas no sabemos ir más allá del regalo que nos hace Dios con las personas, personas que han servido de instrumento para anunciarnos al Señor, y a veces nos quedamos en las personas en vez de darnos cuenta de que lo importante es que nos adhiramos a Cristo.

Y esto también genera división porque hay personas que se adhieren a una y hay personas que se adhieren a otros, hay personas a las que uno les cae en gracia y otros que les cae en desgracia, y esto genera problemas, genera división.

Por eso san Pablo hoy nos dice una cosa maravillosa, importantísima **¿cómo podemos vivir de tal manera que no sucedan divisiones en la Iglesia?** Pues **mirando siempre a Cristo**, buscando siempre al Señor, sabiendo que lo importante es vivir a Cristo, de manera que ni nosotros caigamos en la tentación de convertir a los mensajeros en centro del mensaje, ni nosotros nos convirtamos en causa de división buscando que las personas se

adhieran a mí y no al Señor. Por lo tanto, esto es muy importante, esto que nos está diciendo san Pablo.

Y de aquí tenemos que aprender muchas cosas para la vida normal, empezando por las familias, empezando por nuestra vida cotidiana. **Deberíamos pensar un poquito ¿cómo se generan las divisiones? Porque muchas veces acabamos poniendo en el centro cosas que pasan, sucesos, actitudes, luego vienen a veces los celos, las envidias, las heridas, las faltas de perdón, muchas cosas. Tenemos que aprender a volver la mirada al Señor y desde ahí mirar de nuevo las situaciones para tratar de que lo que sucede no divida y no rompa.**

Luego san Pablo ha dicho otra cosa importantísima, que es la siguiente: **«que él tiene que predicar»**, porque el Señor le ha mandado a predicar, y además le ha mandado no con gran sabiduría, y *luego lo dirá también* **«no con muchos gestos ni muchas palabras sino con sencillez y claridad, anunciando a Cristo y especialmente la cruz del Señor»**, porque dice: **«para no hacer ineficaz, para no desvirtuar, para no vaciar la cruz de Cristo»**. Para poder ser cristiano, es importante que comprendamos que no podemos desvirtuar la cruz de Cristo ni a Jesucristo.

Vivimos en un tiempo donde estamos acostumbrados a tomar cosas **“sin”** *-yo quiero un café pero descafeinado, hay que tomar un refresco pero tiene que ser light, porque quiero eso pero quiero evitar algunas cosas-*. Pues bien, **el cristianismo no puede ser light, el cristianismo no puede ser desvirtuado, porque Cristo es el que es y es como es.**

Y la desvirtuación que parece a veces que favorece las cosas, que las facilita, que así la gente se acerca al Señor, somos nosotros los que desvirtuamos al Señor y eso, como es obra nuestra, a la larga genera división, porque como nos expresa maravillosamente este paño que une a Pablo y la Cruz, lo que nos mantiene unidos es estar unidos a Jesús y Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre.

Señor, hoy en esta mañana queremos darte las gracias por san Pablo, que te amaba de verdad. En este paño, que une su imagen con la Cruz, vemos expresado el corazón de su vida, que eres tú, Señor; él estaba enamorado de ti, él vivía en tu presencia viva y resucitada, y sobre todo te llevaba a ti crucificado en el corazón.

Él nos lo ha dicho de manera maravillosa: **«yo me glorío en la cruz de Cristo, vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí»**

Señor, te queremos pedir en esta mañana enamorarnos de verdad de ti, que nosotros también tengamos ese vínculo invisible pero real de corazón a corazón contigo.

Ayúdanos Señor, a ser mensajeros tuyos, porque tú eres el anuncio, tú eres el evangelio. Haz Señor, que no nos convirtamos en mensaje, que seamos siempre sólo servidores y mensajeros de ti.

Enséñanos Señor, a no crear divisiones, y no sólo a no crear división sino, más importante todavía, a tratar de crear siempre unidad, en positivo, y así velar por la unidad en la Iglesia, en la familia, en todos los lugares.

Enséñanos Señor, a no caer en la tentación de desvirtuar o descafeinar el cristianismo, que no lo descafeinemos, que no hagamos un Cristo a nuestra medida. Haz Señor, que seamos siempre fieles a ti para que podamos tener el gozo de vivirte en plenitud.

Que así sea



La danza del rey David

Martes, 28 de Enero de 2014

Textos: 2 Sam 6, 12-15.17-19; Salmo 23; Mc 3, 31-35

Hemos escuchado en la primera lectura cómo se nos narra la llegada del Arca de la Alianza a la ciudad de David, a Jerusalén, la ciudad que es capital del pueblo elegido, que está asentado en la tierra prometida y que vive bajo la monarquía.

Hemos visto que es un día de fiesta inmenso, donde David ha preparado una tienda para que esté allí el Arca del Señor en previsión de poder construir el Templo, porque Israel es consciente de que el Señor quiere un Templo, el Señor pidió una morada para Él en el desierto cuando estaban haciendo el Éxodo y recibieron el gran don del Arca de la Alianza de Dios con su pueblo.

Aquí, donde hemos visto que estaban cantando, donde David danzaba delante del Arca, ¿qué podemos aprender? Pues mirad tenemos que aprender dos cosas sobre todo. La primera **¿cuál es el gran regalo que nosotros tenemos?** Pues el gran regalo que tenemos sigue siendo el gran regalo que tuvo el pueblo elegido de Israel, que es **la presencia de Dios en medio de su pueblo.**

Dios llamó a **Abraham**, y le dijo que le iba a bendecir a sus hijos y a toda su descendencia, y le promete: **«yo estaré contigo»**

Moisés en el monte le pide al Señor: **«no te vayas, quédate con nosotros, si tú te vas no tiene sentido lo que estamos haciendo»**; y el Señor da un signo de que va a estar siempre con su pueblo, el signo de esa presencia del Señor es el Arca de la Alianza, y a la vez es el lugar donde se concreta esa presencia del Señor. De manera que traer el Arca del Señor a Jerusalén, es traer el signo de que el Señor está allí y se quiere hacer un templo como lugar donde mora de manera especial el Señor.

Nosotros vivimos el gozo de la presencia de Dios en medio de nosotros, el Señor está presente en la historia siempre, hasta el final de los tiempos, el Señor mora en aquel que vive en gracia, porque desde el bautismo recibimos la vida divina, hemos recibido la inhabitación de la Trinidad, estamos habitados por Dios mientras nos mantenemos en gracia, si pecamos mortalmente la confesión, el sacramento del perdón nos devuelve la gracia y volvemos estar habitados por Dios, y ¡cómo no!, el Señor esta de manera especialísima en la Eucaristía, Él está ahora en el Sagrario y dentro de unos minutos Él va a hacerse presente en el altar.

Por lo tanto esto que ya vemos ahí que era fiesta, ¡cómo no va a ser fiesta para nosotros! que tenemos una presencia mucho más profunda, mucho más real y sustancial en la Eucaristía, muchísimo más íntima porque el Señor mora dentro de nosotros.

La respuesta a este don es la alabanza, entonces David no sabe cómo hacerlo, bueno pues hay cantos, hay música y él danza, ¡danza!, hay una anécdota de Juan Pablo II cuando visitó Sevilla, estaban los Seises bailando en la catedral de Sevilla y dice él: **“san Agustín dice que el que canta reza dos veces y el que baile ¿qué hace? rezar tres veces”**. Esto quiere decir que nosotros tenemos que aprender a **vivir de corazón la oración de alabanza.**

La oración de alabanza consiste en que el hombre se goza de que Dios es como es y de que Dios está, es el gozo que tenemos cuando estamos con aquel a quien amamos, ese gozo, esa alegría cuando queremos al alguien y estamos con él, ¡pues es eso!, y de ahí

brotan la alabanza y esa alabanza brota de manera especial porque ese Dios está aquí junto a nosotros. Hay una plegaria eucarística que dice que **ofrecemos al Señor un sacrificio de alabanza, la Eucaristía es sacrificio de alabanza.**

Para poder celebrar bien, el corazón tiene que estar en un tono de apertura, de gozo, de estar delante de Dios, para poder pedir y ofrecer tenemos que venir con el corazón agradecido, jubiloso, ¿por qué? Porque sólo podemos pedir bien a Dios si nos encontramos bien delante de Él, y sólo quien tiene un corazón que alaba, y un corazón agradecido puede pedir de una manera adecuada.

Señor, en esta tarde, contemplando el gozo de David y del pueblo elegido porque gozaban al saber que Tú estabas presente en medio de tu pueblo, y que deseaban hacerte una morada, un Templo para tu gloria, queremos pedirte Señor, el don grande de reconocer tu presencia en medio de la historia, en medio de la Iglesia.

Señor, queremos darte las gracias y reconocer tu presencia en la Eucaristía y en nuestro corazón cuando vivimos en gracia.

Queremos pedirte Señor, en esta tarde el don de la alabanza, danos una oración nueva, una oración llena de júbilo y de gozo, porque tú estás siempre con nosotros.

Que así sea



La alianza del Señor con David y su dinastía

Jueves, 30 de Enero de 2014

Textos: 2 Sam 7, 18-19.24-29; Salmo 131; Mc 4, 21-25

Segundo libro de Samuel capítulo séptimo, es uno de los libros importantes del Antiguo Testamento, hemos escuchado el fragmento donde David responde al Señor que le ha hecho una promesa.

David quiere construir una casa al Señor, un Templo donde el Señor habite de una manera especial, y el Señor le dice que no va a ser él, que no le corresponde a él construir esto, pero le hace una promesa, le dice algo que David ni ha pensado, le dice: **«tú me quieres construir a mí una casa, tienes que saber que yo habito y estoy presente en todos los sitios, aunque tenga un lugar especial para habitar, pero lo más importante que tengo que decirte es que yo te voy a construir a ti una casa (=linaje, dinastía)»**.

Entonces, fijaos, David quiere construir una casa a Dios y le responde el Señor: **«no vas a ser tu, será tu hijo el que construya el Templo, pero más importante todavía, yo el Señor te voy a construir a ti una casa (dinastía)»**. Fijaos que cosa más impresionante, nosotros vamos al Señor porque vemos una cosa, queremos agradar al Señor, pensamos y le ofrecemos algo y el Señor lo hace a su manera, corrige lo que tiene que corregir y nos abre un horizonte que nunca hemos podido sospechar.

Y es que le dice: **«Yo te voy a construir a ti una casa»**, es decir, te voy a hacer un linaje que perdure para siempre, y de tu familia, de tu descendencia, **de esa casa que yo te voy a construir va a salir el Salvador, el Mesías**. Por tanto este texto es importantísimo, el Mesías, Jesucristo, nuestro Señor hecho hombre es descendiente de David y el pueblo elegido sabe que esto es verdad porque Dios le prometió a David: **«de ti, de tu casa saldrá el descendiente que va a guiar a mi pueblo»**.

Y a continuación viene lo que hemos escuchado en la primera lectura que es la oración de David, **¿qué hace David ante esta declaración del Señor? Rezar**. La contestación de David es que reza, es decir, hace una plegaria, hace una oración.

En esa oración ¿qué dice? –*Gracias, Señor, eres grande, eres maravilloso, yo no soy digno, te has fijado en mí, quién soy yo para que tú me hayas escogido para esto, porque tú eres Dios y Señor. Tú has escogido a tu pueblo, y de este pueblo me has elegido a mí y quieres hacer de mí una descendencia para que esté siempre en tu presencia. Y tú Señor que lo dices lo harás, porque eres un Dios fiel que cumples lo que prometes y nos bendecirás-*

Entrar en esto, es decir, en un Dios que está vivo, que busca y que le habla al hombre, que le abre horizontes que el hombre no piensa, palabras en las que Dios promete cosas que el hombre debe creer y cómo el Señor realiza aquello que promete, promesas que no se quedan en nosotros sino que a veces tienen que ver con todo el pueblo de Dios, con la Iglesia que vendrá después, con la salvación de toda la humanidad.

Y David que quería construir al Señor una morada en medio de su pueblo, llega a comprender que no basta saber que Dios está presente, que lo está, y que quiere lugares donde él habita de una manera especial, que lo quiere, no basta eso, sino que el hombre tiene que aprender a vivir en presencia de Dios, porque si Dios está presente pero vivimos como si no estuviera, no glorificamos a Dios, no damos la respuesta adecuada a Dios.

Por tanto David entiende esta frase **“mi familia, mi descendencia, mi casa va a estar siempre en Tu presencia”**, es decir, que va a perdurar, que siempre va a existir esa

descendencia y va a llegar el Mesías que será el Señor. Detrás de esas palabras, hay algo mucho más profundo que es lo siguiente: **si Dios está presente, nosotros tenemos que vivir en su presencia.**

Señor, en esta tarde queremos darte las gracias, porque a través de David nos enseñas a vivir contigo, tenemos que aprender a escucharte, porque no siempre quieres todo lo que nosotros queremos, y porque muchas veces quieres cosas que ni siquiera hemos imaginado.

Por eso Señor, queremos estar a la escucha para poder acoger tu voluntad, como te pedimos todos los días en el Padrenuestro, hágase tu voluntad así en la tierra como el cielo.

Y te pedimos también Señor, que sepamos acoger con fe tu Palabra, una Palabra que quieres cumplir, que aprendamos a creer en tus palabras, a desearlas, a pedir las, a suplicar que se cumplan, a desear ser bendecidos por ti.

Y en esta tarde también te decimos como David, después de haber recibido la vida y de haber recibido el bautismo, Señor, quién soy yo para que te hayas fijado en mí, quién soy yo para que me ames tanto, quien soy yo para que confíes en mí, quien soy para que a través de mí quieras edificar algo grande y quieras edificar tu Iglesia.

Gracias Señor, porque te fijas en cada uno de nosotros y quieres construir lo que tú deseas si nos fiamos de ti, haz Señor que puedas hacer en nosotros lo que tú deseas.

Que así sea



El pecado del rey David

Viernes, 31 de Enero de 2014

Textos: 2 Sam 11,1-4.5-10.13-14; Salmo 50; Mc 4,26-34

Hemos escuchado en la primera lectura la narración del gran pecado de David, los grandes pecados de David más conocidos que fue su adulterio, y después de ese adulterio David intenta tapar la consecuencia, que es que viene un niño, Betsabé la mujer de Urías, el hitita, está en estado. Intenta taparlo buscando que Urías se encuentre con su mujer, pues sigue con la intención de tapar su pecado y llega a hacer otro pecado terrible, que es matar a Urías.

Escucharemos mañana la narración de la conversión de David, por lo tanto no podemos leer este pasaje sino enteramente, cómo sucede, cómo se concibe el pecado, cómo procede David y cómo el Señor va a buscar a David, y gracias a la mano misericordiosa del Señor va a provocar un profundo arrepentimiento, porque el pecado no puede quedar sin más sino que el Señor va a hacer que David entre de verdad en el arrepentimiento.

Vamos a quedarnos con la narración de hoy, donde David peca gravísimamente, de una manera inesperada, David es el rey según el corazón de Dios, es el que ha visto cómo el Señor ha estado con él donde quiera que vaya, y a pesar de esa cercanía, de esa amistad, de ese gozo, y de esa bendición constante que Dios está teniendo con él, David en un determinado momento le viene la tentación, cede y peca.

Esto nos advierte de que tenemos que estar siempre alerta para estar siempre unidos al Señor. **Cuánto más somos bendecidos más podemos pecar de presunción, presunción es lo contrario a la desesperación**, cuando uno a veces piensa que no tiene solución.

La presunción es: *¡bueno... yo estoy cerca de Dios pues nada me puede pasar!* – ¡Pues no! Somos débiles, tenemos que estar siempre atentos, sin el Señor y su gracia estamos siempre en peligro.

Creo que de la narración del pecado de David tenemos que aprender otra cosa muy importante, es la siguiente: cuando hacemos algo mal en vez de hacer lo que tenemos que hacer que es arrepentirnos inmediatamente y asumir las consecuencias de lo que hemos hecho mal, viene una cadena de pecados porque queremos tapar lo que hemos hecho, porque queremos salvar nuestra imagen delante de los demás.

¿Por qué sigue mal David? Porque ha hecho una cosa mal que ha tenido consecuencias, y lo que quiere por todos los medios es tapar, pero claro como quiere taparlo y no se puede, peca más, y hace otro pecado gravísimo. En la iglesia primitiva el adulterio y el asesinato eran pecados que suponían una penitencia aparte, era lo más grave que podía suceder, adulterio, asesinato y herejía, ¡fijaos que David cae en algo muy grave!

En el fondo ¿por qué pecamos y nos desviamos del Señor? Porque nos buscamos a nosotros mismos que es lo que le ha llevado a David a buscar a la mujer de Urías, por lo tanto a adulterar, y como lo que está haciendo es buscarse a sí mismo cuando vienen las consecuencias sigue buscándose a sí mismo tapando las consecuencias, porque lo más importante es salvar la propia imagen, lo cual lleva a una cadena de pecados.

El pecado nos lleva a la mentira en nuestra vida, porque David era el rey elegido por el Señor, tenía una buena imagen, tenía una gran reputación, en todo procedía buscando y queriendo llevar adelante el plan de Dios, y David que ha cometido una cadena de pecados

que le ha llevado a cometer el adulterio y el homicidio, pues ¡como si tal cosa! ¡aquí no ha pasado nada! ¡todo igual, yo soy el rey y aquí no ha pasado nada! **Pero la mentira ha entrado en su vida, y él ya no puede ser feliz ni dormir en paz. Y eso evidentemente pasa factura.**

En el pueblo de Dios esto desvirtúa e hiere profundamente a la Iglesia, una Iglesia de apariencia, una Iglesia donde queremos que se vea la fachada, que queremos quedar bien, que parezca que somos muy evangélicos, evidentemente que haya cosas que correspondan a la voluntad de Dios eso es bueno, pero Dios conoce el corazón, y a Dios le duele profundamente que hayamos hecho lo que Él aborrece.

Esto nos enseña a nosotros que si caemos pidamos inmediatamente al Señor la gracia de arrepentirnos, y si eso tiene consecuencias pues esa es la cruz que tengo que llevar para reparar lo que he hecho, es importante pedirle al Señor esto, que nos conceda la gracia de no caer, y si caemos inmediatamente ser humildes y arrepentirnos, porque Dios que es tan bueno tuvo que enviar a Natán para “sacudir” a David y hacerle recapacitar y reconocer su pecado.

Señor, en esta tarde queremos darte las gracias porque nos sigues enseñando, como lo que en estos días estamos viendo a través de la vida de David, hoy también a David le encontramos tan cercano a nosotros por su debilidad.

Señor, nosotros también como él, estamos expuestos a caer y pecar, te pedimos Señor que si caemos, enseguida, reconociéndolo, nos arrepintamos, que no caigamos en querer tapar nuestro pecado y provocar una cadena de pecados como David.

Danos un corazón que sepa reconocer el propio pecado, danos Señor, entender cómo en el mismo pecado Tú nos das la ocasión de encontrarte de nuevo y de encontrarte misericordioso, ayúdanos Señor a ser humildes a no ser presuntuosos, a reconocer que si somos fieles es siempre porque nos sostiene tu gracia.

Que así sea

